

Un sacrificio del corazón por Emperador



*Lo amé, con pasión...
y en cada flor que sembraba en mi jardín para estar juntos, para tener algo lindo, juntos...
solo lo veía ver que se alistaba para marcharse,
y así fue, una y otra vez...*

Hasta que un día, se fue para siempre...

*De la pérdida de un amor nació uno maravilloso,
que sin saberlo ya habitaba en mi ser.
Con el paso de los años y la música, alzamos vuelo...*

*Que Dios bendiga nuestro camino,
nuestro destino estrellado, Emperador.*

El sacrificio de mi vida por amor...

Un alivio para el corazón...

Era una tarde gris cuando subí al colectivo. Me quedé mirando las gotas que resbalaban por la ventana. Mis ojos, cansados, seguían su curso. Entonces sonó una canción pop de los 2000 y, entre ritmos y ecos, me perdí. No sabía si mi mente convergía en un recuerdo o divergía hacia una aventura que aún no viví. Me dirigía al centro de un doble cono, donde una realidad fantástica me espera.

Y entonces, me deslizo entre nubes. Algo me atrae hacia un lugar donde el agua habla en reflejos, las rosas crecen gigantes y las mariposas esparcen magia sobre mí. Me pierdo entre aromas de damasco, canela y coco. *¡Qué frescura!* Alzo la mirada... y ahí está él: mi dragón Emperador, esperándome junto al lago de cristal.

Bebe agua, huele la hierba que suspira por sus ojos. Está en armonía con la tarde serena, aguardando mi llegada. Siento sus latidos crecer al acercarme. Nos miramos... y la conexión es inmediata. Subo a su lomo y juntos despegamos, como un cohete, rumbo a millones de años luz.

De pronto, soy él. Somos uno. Siento su energía, su instinto, su furia. Volamos tan rápido que atravesamos el mar como un meteorito. Emperador me protege de los monstruos que acechan bajo las olas. Cuando una ola se vuelve gigante, él se lanza en picada hacia el cielo, rompiendo la gravedad, rompiendo cada capa de la atmósfera que se cruza en nuestro camino, hasta llegar al horizonte planetario.

Y es ahí... cuando flotamos. Si Emperador existe, es para enseñarme a vencer mis miedos, esos que en la realidad aún no puedo —como el miedo a las alturas. Pero con él, confío en sus alas y en la armonía que crea con las turbulencias al moverse.

Al principio me cuestionaba la idea de imaginarme con él... en un mundo quizás igual al nuestro, pero con una sola diferencia: él existía ahí, conmigo. Decidí: “Será mi amigo imaginario”. Así nació Emperador. Y con él, empecé a viajar al espacio.

Un día, flotando en el horizonte cósmico, una estrella comenzó a seguirnos. Dejaba un rastro brillante tras nuestro vuelo. Fue entonces cuando lo vi: era un pequeño pedazo de amor, pegado a mi pie. Ni Emperador ni yo lo habíamos notado.

—*¡Caray!* —dije, alzando el rostro. De pronto, me vi envuelta en... ¿mi nombre?

“Yby”, brillando como polen azul y violeta en el cielo.

—Emperador... ¿fuiste vos? ¿O es el universo hablándome?

Tal vez, por la ingravidez del espacio, Emperador se dejó llevar por el misterio de mi nombre... o por el del cosmos. No lo sé. Solo sé que ahí estaba: mi nombre, flotando entre las estrellas, como si siempre hubiese sido parte de ellas.

Nos rodeaba una belleza abrigada. Sentía que el espacio se expandía y comprimía, como si cada punto tuviera su propia gravedad. Volábamos en trayectorias curvas, como una lemniscata de Bernoulli, o producto de la conglomeración de curvas interestelares que dibujan *nuestro camino... nuestro destino estrellado*.

Pero las estrellas comenzaron a moverse más rápido. Los pájaros estrellados parecían moverse o quedarse quietos.

—¿Nos estamos moviendo, Emperador?—

Y, sin saber cómo, fuimos arrastrados hacia un agujero negro.

—¿Emperador?... ¿Dónde estás?

Silencio...

Y de pronto... me siento sola.

Solo veo cuerdas brillantes flotando en un laberinto profundo.

—¿A dónde caíste, Emperador? No puedo verte...

Mi corazón se comprime, se desgarrar por tu ausencia. La desesperación me ahoga. A lo lejos, veo una luz desvanecerse, como el sol escondiéndose detrás del horizonte. Pero esa luz... se acerca a mí. Siento mi cuerpo estirarse, como si la luz misma me arrastrara, me estirara más allá de lo físico.

—¿Qué sucede? ¿Es mi energía? ¿Mi luz?

Miro mis manos: se disuelven.

—¡No! ¿Es mi corazón lo que desaparece?

Desde el fondo del alma, grito:

—¿Dónde estás, Emperador?

Y entonces... caigo en una caja sin fondo.

Caigo hacia algo que no es sólo vacío... es memoria. Regreso al momento en que conocí a mi ex. Está solo, serio, leyendo un libro. Recuerdo cómo todo comenzó: me acerqué a saludarlo, para preguntarle algo sobre una materia de la universidad. Pero en el fondo... me gustaba. Solo quería endulzarme con la miel de su mirada.

Intenté parecer casual. Un saludo, una consulta. Intercambiamos números “para estar en contacto”... como si el destino escribiera su propio guión.

Pero... ¿por qué estoy de nuevo aquí? ¿Debo repetir la historia?

Si no voy a la primera cita con él, no me llevará a su casa, donde vi a Emperador en un cuadro mirando al horizonte. Me quedé observándolo, casi sintiéndome como él, en paz, sereno, mirando hacia lo más lejano. En ese momento, distraída, mi ex apareció sin darme cuenta, acarició mi mentón y me besó.

La magia despertó dentro de mí. Sentí estrellitas en mi interior. Y todo esto sucedió frente al cuadro. Y creo que, a partir de ahí, Emperador comenzó a cobrar vida en mi interior, como si ese momento mágico lo hubiera hecho renacer.

Pienso en todo esto y me digo: si no me acerco ahora, todo podría cambiar. Aprieto mi puño, atrapada entre la espada y la pared, con la opción de huir y evitar el encuentro.

Entonces me pregunto, con el corazón en vilo: si pierdo a Emperador, ¿quién me acompañará en mis vuelos? ¿Quién me protegerá de los monstruos del mar?

Pero también fueron años de sufrimiento con él.

Más que amor, fue desamor.

En cada beso entregaba mi alma.

Lo amaba. ¿Por qué? *No lo sé...*

A veces el amor no tiene explicación.

No hay lógica ni razón que alcance.

Tal vez el amor sea otro de los misterios del universo.

Hasta que un día...

él se alejó para siempre.

Lágrimas de sangre brotaron de mi corazón al recordarlo.

Y ahí estabas tú, Emperador.

Tú me consolaste en mis penas más negras.

Me viste deshacerme, como papel ardiendo en el fuego.

Y tú, con tu soplido, reuniste mis pedazos.

Con tu magia, con el tiempo, me armaste de nuevo.

Si no fuera por esas noches de vuelo, calor y libertad junto a ti, hoy no podría seguir.

Pero ahora me pregunto:

—¿Dónde estás, Emperador?

—¿A dónde te llevó el agujero negro?

Porque yo... ahora caigo en otro. *Uno dentro de mí.*

Soy de las que necesitan tiempo para decidir. Pero ahí está él, mi ex, sentado... Y si se va, tal vez no vuelva a verlo. Recuerdo aquel sueño que anunciaba tu llegada. No sentí miedo. Solo observaba. En mi brazo izquierdo crecían plumas negras... grandes. Era el inicio de la transformación. Tú me estabas cambiando.

Se anunciaba la metamorfosis. Tú, Emperador, eres parte de mí. Somos uno. No puedo —ni quiero— sacrificarte. Perderte sería perderme. Desde lo más profundo de mí nace una decisión: volveré a vivirlo todo. Me acercaré a su mesa, y las cosas serán como fueron. No me arriesgo a perderte. A ti no.

Podría morir... pero moriremos juntos.

Sin ti, la vida ya no es lo que fue, ni lo que será.
Sin ti, no hay más vida después del dolor.

Sacrifico mi vida... y aunque unas lágrimas se escapan, sé que valdrá la pena. Porque estarás conmigo, Emperador.

Al acercarme a su mesa, una luz me envuelve. Una corriente invisible me arrastra hacia otro destino. Viajo... no sé por dónde. Solo siento que me disuelvo entre dimensiones, como una partícula arrastrada por un río cuántico.

En la oscuridad más profunda, cuando ya creía perderme para siempre... te veo.

Corro hacia ti, te abrazo y mi corazón vuelve a latir con fuerza. Siento al tiempo desvanecerse cuando toco su rostro y me pierdo en tu mirada.

Es como crear el universo del amor en tan solo unos segundos.

Y me dices:

—Tus lágrimas te trajeron de vuelta. Al sumergirte en otra dimensión, tocaron una estrella que parecía muerta... La misma que tenías en tu pie, la que escribió tu nombre.

Esa estrella también fue absorbida por el agujero negro. Perdió su luz. Tenías que hallarla para que ambas se salvaran.

Ella escribió tu nombre en el cielo cósmico antes de desaparecer, para recordarse que algún día te volvería a ver. Y fue tu lágrima —nacida del corazón, del alma hecha de universo— la que la rescató.

Porque tu nombre, “Yby”, es un misterio: se lee igual que al revés, no tiene inicio ni fin, contiene profundidad cósmica... perteneces al universo. Eres parte de las estrellas. Por eso, cuando recibió una de tus lágrimas, sintió una conexión muy profunda, creando así una gran energía, lo que llevó a vencer la intensa gravedad del agujero negro... y así, ambas pudieron escapar de ella.

—Tú le devolviste la vida, haciéndola brillar otra vez —dice Emperador—.

No puedo creer lo que me dice. Solo sé agradecer a esa estrella. *¡Larga vida a la estrella! Que nunca deje de brillar...*

Emperador me abraza. Siento su calor, su protección. Me subo a su lomo. Navegamos el cosmos, viendo estrellas multicolores. Le digo cuánto lo amo. Poco a poco, regresamos a la Tierra. Vuelve a su lugar favorito. Me dice que está cansado, que quiere dormir. Le doy un beso en la oreja...

Y despierto.

Estoy en el colectivo otra vez. Alguien estornudó fuerte. Los auriculares siguen puestos. Recién regresada de los agujeros negros, me siento distinta, más joven, renovada. Cerca de casa, bajo del colectivo y pienso en todo lo vivido.

Comprendo que, en mi inconsciencia, deseaba volver al pasado, evitar a mi ex y el sufrimiento que me causó. Aunque lo amaba más con el tiempo, sé que él no. Pero si no lo hubiera conocido, no habría encontrado a Emperador y todo lo que viví con él después.

A veces, es necesario atravesar ciertas experiencias para ganar otras. Como si, al pasar de un agujero negro a otro, nada realmente se perdiera... solo se transformara.

Mis recuerdos tampoco desaparecieron. Entonces pensé: ¿y si en los agujeros negros sucede lo mismo? ¿Si la información permanece, aunque adopte otra forma? Dicen los científicos que, en realidad, no se pierde nada. Y quizás, lo mismo ocurre con lo que somos.

Es como entregar una parte de nuestro ser a cambio de algo... y recibir algo nuevo. Si no fuera por la protección y la fuerza que me da al subirme al lomo de Emperador, ¿cómo vencería mis miedos? ¿Y cómo, al cambiar de realidad, siempre logro volver a la mía?

Y ahora lo sé: *este sacrificio del corazón por Emperador...* valió la pena.

Y tal vez, ese pensamiento —ese viaje— también fue un agujero negro.

El mismo que me absorbió.

Y el mismo... que me trajo de vuelta.

Al lugar desde donde partí.

FIN